

teatro **C**entral

80 años

TEATRO · DANZA · MÚSICA



80
AÑOS

PRENSA



TEATRO CENTRAL
C/ José de Gálvez, 6 Isla de la Cartuja · 41092 Sevilla
Tel. 955 542 155 / 600 155 546

www.teatrocentral.es



Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA

ARTES ESCÉNICAS

- La bailaora lleva al Central 'Caída del cielo', reivindicación del "placer y la belleza de la mujer" más allá de las convenciones
- La malagueña prepara una obra sobre "el deseo de ser madre"

El paraíso propio de Rocío Molina

Braulio Ortiz SEVILLA

Los espectadores del Teatro Central recuerdan aún maravillados la experiencia que vivieron de la mano de Rocío Molina en la última edición de la Bienal de Flamenco, cuando la bailaora protagonizó ante el público una improvisación de cuatro horas. Con aquel desafío, la malagueña, que ya había dado muestras sobradas de su virtuosismo y poseía entre otros reconocimientos el Premio Nacional de Danza, confirmaba que no tenía ninguna intención de bajar la guardia y que seguía llevando su exigencia hasta el límite. Sin un guión trazado de antemano, compartiendo con el auditorio no sólo su baile prodigioso sino también su extenuación y su vulnerabilidad, Molina consiguió provocar una emoción genuina aquella noche.

Por aquella velada memorable –y el prestigio que ha sabido ganarse en todos estos años de tra-

Rocío Molina
 Bailaora

Quiero que se vea la menstruación de una mujer como parte de la vida, de la belleza"

bajo-, *Caída del cielo*, la propuesta con la que la bailaora regresa al Central hoy y mañana, era "uno de los espectáculos más esperados de la temporada", como señala Manuel Llanes, director artístico del espacio de la Cartuja, quien definió a Molina como una creadora que "conoce muy bien la morfología del flamenco, pero crea su propia sintaxis". Estrenada en París, en el Théâtre National de la Danse de Chaillot, en noviembre de 2016 y avalada por los Premios Max, donde Molina hizo doblete y se llevó los galardones a la mejor intérprete femenina de danza y a la mejor coreografía, la pieza –para la que se agotaron las entradas el mismo día que salieron a la venta– es un nuevo ejemplo de la fiereza de una artista que se deja la piel en lo que hace. En su nuevo montaje, la bailaora "pasa por todas las emociones posibles. Va desde lo más bello a lo que algunas personas considerarían escatológico", apunta María Ángeles Carrasco, directora del Instituto Andaluz de Flamenco, que acompañó ayer a Molina en su presentación de este espectáculo a la prensa.



Rocío Molina, fotografiada ayer en el Central, donde presentó a la prensa su 'Caída del cielo'.

JUAN CARLOS VÁZQUEZ



La bailaora, esta semana, en la representación en el Festival de Jerez de su último espectáculo.

MIQUEL ÁNGEL GONZÁLEZ

La bailaora abunda en esa dualidad por la que oscila entre lo hermoso y lo turbio: "Carlos [Marquerie, el codirector y encargado de la dramaturgia] y yo tenemos un lado poético y un lado macarra". Y en *Caída del cielo* Molina se inspira en *El Bosco* y *El jardín de las delicias* para renunciar a la placidez del edén. "La obra empieza de forma muy be-

lla, muy onírica, en el paraíso. Mucho horizonte, mucho silencio, mucho descubrimiento; es un comienzo en el que no hay baile pero sí gesto", asegura la coreógrafa. Pero "de tan bello", dice, ese enclave idílico "puede ser aburrido. Yo creo que a mí me sueltas en el paraíso y me convierto en serpiente". Y entonces se produce el descenso, la caída a

otro lugar parecido al infierno, donde se cuece "el goce, el llanto, el dolor, todo lo que significa estar vivo". Es ahí donde su protagonista se dio "carta blanca" para disfrutar junto a sus músicos –Eduardo Trassiera, José Ángel Carmona, Oruco, Pablo Martín Jones–, y esa libertad se traduce en "mucha diversión, juego, atrevimiento", una nueva apues-

ta de riesgo en la que ella rompe con la verticalidad del baile y se echa al suelo para desplegar allí toda su expresividad.

Pero *Caída del cielo*, que se presentó esta semana en el Festival de Jerez, es ante todo una reivindicación de una feminidad que se exhibe en toda su plenitud y desdén la mirada sesgada que impone la sociedad. Molina no olvidó una imagen que le regaló una presa de una cárcel de París, a la que le preguntó de dónde sacaba sus fuerzas y que le contestó llevándose las manos a los ovarios. La intérprete retoma ahora ese gesto en su espectáculo, y habla de "la belleza de la mujer, del placer de la mujer. A ciertos hombres no les puedes hablar de la menstruación porque sienten asco. Y yo quiero, como mujer, que esa parte se entienda como belleza, como vida", reclama.

Molina, que lleva, afirma, "toda la vida bailando mis verdades sobre el escenario", volverá a desnudarse emocionalmente en la producción que prepara, un trabajo "sobre el deseo de ser madre", una "necesidad" que la artista explorará desde su danza. "Hay muchas mujeres que se tiran años intentando tener hijos. Yo no sé cuánto tardaré en conseguirlo, lo voy a intentar, pero si no me quedo embarazada no quiero que sea un drama", explica, midiendo sus palabras. En su próxima creación, la bai-

laora promete otro tempo: "Después de *Caída del cielo*, que es una obra con mucha potencia y en la que estoy al límite, no encontraba sentido a ir más allá. Será algo totalmente diferente", concluye.

► **'Caída del cielo'**. Rocío Molina. Teatro Central, Sala A, hoy y mañana a las 21.00. Entradas agotadas

Rocío Molina: «“Caída del cielo” es estar al borde de lo físico»

La bailaora estrena hoy en el teatro Central su último montaje

MARTA CARRASCO

Rocío Molina (Torre del Mar, Málaga, 1984), rompió moldes en la última Bienal de Flamenco de 2016 cuando hizo en el teatro Central un montaje de «improvisación» de cuatro horas, del que confiesa hoy que salieron muchas ideas del espectáculo que esta noche estrena en el mismo teatro, «Caída del cielo».

Manuel Llanes, director artístico del teatro calificó a Molina como «una bailaora en libertad que no puede ser domesticada y, aunque es consciente del flamenco, tiene muchas formas de entender la escena».

Rocío Molina estrenó «Caída del cielo» en noviembre de 2017, «intentaba cerrar un ciclo de vida», afirma. La idea partió tras ver el lienzo «El Jardín de las Delicias» del Bosco, «allí se ve luz y oscuridad, pero Carlos Marquerie y yo tenemos un lado macarra y preferimos lo poético y la oscuridad».

Su proceso de trabajo es singular, «hablamos mucho, hacemos bacalao al horno, desayunamos, luego yo bailo y él mira. Y ahí nos dimos cuenta de que aparecía el suelo constantemente». Confiesa que «necesitaba otra dimensión para mis caídas, ya no me bastaba con rematar con los pies. A mi cuerpo le costó entenderlo porque caer y seguir bailando, es difícil. A veces no me podía levantar. En este montaje he

llegado al límite de lo físico», afirma.

Rocío Molina quiere convertir en algo bello situaciones estigmatizadas de la mujer, «mi creación sale de mis ovarios, y tiene también mucho de arte grotesco. Hemos mirado mucho los Los Caprichos de Goya, y ahí hay mucho de atrevimiento descarado y de diversión. Quiero reivindicar el placer de la mujer, y quitar estigmas a situaciones naturales femeninas».

Será por eso por lo que su próximo trabajo quiere alejarse lo más posible de esta situación. «Quiero explicarlo bien y que no se saque de contexto, porque es un tema delicado según se comunique».

Su próximo espectáculo es sobre su deseo de ser madre, deseo que la bailaora intentará cumplir

Y es que su nueva obra es sobre el deseo de ser madre, «un deseo que intento pueda convertirse en realidad durante la creación de la obra. Si ocurre y me quedo embarazada, sería maravilloso, y si no ocurriera, pues seguiría con la creación», afirma la bailaora, «porque la necesidad de ser madre se ha convertido en un monstruo que no podía controlar. Es un reto muy bonito y como yo no soy capaz de parar mi cuerpo, otro cuerpecito lo hará por mí. Pero si no quedo embarazada, no va a ser ningún dramón. Voy a reivindicar la mujer, ser madre soltera y feliz y lo voy a bailar».

En esta obra cuenta con la colaboración de otras dos mujeres, la cantante Silvia Pérez Cruz y su madre, «dos mujeres muy valientes», dice.

«Caída del cielo»

Teatro Central. Esta noche y mañana, a las 21 horas. Entradas: 25 euros. Más info: www.teatrocentral.es



Rocío Molina en un pasaje del espectáculo «Caída del cielo»

ABC

Danza

Rocío Molina, sin fronteras

CAÍDA DEL CIELO ★★★★★

Codirección artística, coreografía y dirección musical: Rocío Molina.

Codirección y dramaturgia: Carlos Marquerie. **Música original:**

Eduardo Trasierra, con José Angel

Carmona, José Manuel Ramos

«Oruco» y Pablo Martín Jones. **Teatro**

Central. Día: 2 de marzo de 2018.

MARTA CARRASCO

Sólo se recuerda en el teatro Central un final como el que anoche vivimos con Rocío Molina tras en el estreno de «Caída del cielo», y fue con Jan Fabre y su «Monte Olimpo». Un final donde el público en catarsis, no sólo aplaudía, sino que chillaba a una artista que nos habían transmitido en dos horas una energía difícil de explicar.

Rocío Molina no tiene fronteras. Partiendo de su «lenguaje madre» que es el flamenco, nos sumerge en un universo de ritmos, silencios, e incluso gestos contemporáneos que componen una poética espectacular en dos horas de constante creación, en la que nadie para en el escenario. Es una declaración de intenciones, para sumergirse en la teatralidad, un terreno donde el flamenco de Molina se encuentra cómodo porque ha adoptado nuevos lenguajes.

Tras un comienzo musical al «estilo Alameda», nos sumerge Rocío en el bello mundo del silencio, que nos traspasa la mirada, y nos deja en una especie de situación espiritual a la espera de lo que vamos a vivir.

Se queda breves instantes desnuda



Rocío Molina estrenó anoche en el Teatro Central

D. J. PRAT

cual Venus de Botticelli, para romper con intensísimos zapateados, que acompañarán toda la obra. Hay momentos de seriedad, de chanza, de explosión, como cuando hace breves incursiones con la música de la Leyenda del Agua de Camarón.

Rocío Molina no para de bailar, acompañada magistralmente por la música de Trasierra, el canto flamenquísimo de José Manuel Carmona, el compás de Oruco y la percusión de Martín Jones, que no sólo son un atrás, sino un delante, junto a la bailaora.

Soleá, garrotín, fandangos, tientos, bulerías..., se pueden identificar mu-

chos palos en esta obra iconoclasta que nos presenta a una mujer que baila y mucho, que se presenta femenina, que utiliza la bata de cola para desmitificarla, o que se disfraza comiendo una bolsa de patatas porque la broma también tiene cabida, pero no deja nunca de bailar.

Esta mujer ante quien se hincó de rodillas el mismísimo Mijaíl Baryshnikov, lleva su físico al límite, no sólo por el baile, sino por la energía que nos transmite a todos en una obra, que sin duda es el fin de una etapa. Ante ella se abren ahora nuevos y apasionantes universos.

Yacimiento excepcional

Crítica de Flamenco

CAÍDA DEL CIELO

★★★★★

Baile, coreografía, dirección musical: Rocio Molina. **Guitarras:** Eduardo Trassierra. **Cante y bajo:** José Ángel Carmona. **Palmas:** El Oruco. **Percusiones:** Pablo Martín Jones. **Dirección artística:** Rocio Molina, Carlos Marquerie. **Lugar:** Teatro Central. **Fecha:** Viernes 2 de marzo. **Aforo:** Lleno.

Juan Vergillos

Molina se divirtió, nos divirtió. *Caída del cielo* no está basada en una obra de Cyrano de Bergerac aunque representa un culto a la diosa blanca. Es un espectáculo vibrante, directo, honesto, carnal. Al principio, con la bata de cola, fue un espacio en blanco, un vacío fértil sobre el que proyectar nuestros sueños, nuestros deseos. *Caída del cielo* es también un dejar arriba, atrás, de lado, mucha de esa jerga pseudointelectual, mucha paja mental que acosa en los últimos tiempos al flamenco.

Había que pasar por allí para que surgiera esto. *Caída del cielo* es una obra apegada a la tierra, arte recién surgido de entre las piedras. Con un trabajo físico enorme, como siempre tratándose de Molina. También, en este caso, en relación al suelo: con la bailaora tumbada. Jugando con la gravedad resultó un espec-

La obra respresenta un trabajo de depuración respecto a los trabajos previos

táculo divertidísimo, con guiños hilarantes a sus obsesiones personales, como la comida compulsiva. Y con guiños al pasado, a la tradición coreográfica, musical y literaria de lo jondo, desde las torerías decimonónicas de La Cuenca a Pastora Imperio. Desde el Cojo de Málaga a Marchena, pasando por Vallejo y El Piya-yo. Y al flamenco eléctrico: Morente, Camarón y la rumba urbana con la que, consecuentemente, se cierra la obra cubierta de flores. Molina se divierte como una niña traviesa. También reflexiona hasta la lágrima en el trémolo de Trassierra. Se asoma al vacío, al silencio, a la nada, para que surja la vida. El pasado no tiene una función museística sino que Molina busca revivir la emoción que surgió cuando brotó el garrotín o la soleá. Porque la vida mancha, qué duda cabe.

La Caja Negra (/andalucia/lacajanegra/) / Teatro (/andalucia/lacajanegra/teatro/)

Rocío Molina: en el principio era el cuerpo

➤ "Caída me ha enseñado a rendirme, a parar la máquina, bajar los brazos. Y creo que ése es el reto más grande al que me he enfrentado hasta hoy"

David Montero (/autores/david_montero/)

01/03/2018 - 10:53h



Rocío Molina hace un viaje al infierno /FOTO: Luis Serrano

Rocío Molina muestra su 'Caída del cielo' en los teatros Villamarta de Jerez (28 de febrero) y Central de Sevilla (2 y 3 de marzo). Me entran muchas ganas de hablar con ella de eso y más cosas. Conforme lo estoy pensando, me la encuentro por la calle y se lo digo. Me dice que vale. Al otro día, le mando un whatsapp y le propongo que sea una entrevista-acción y que tenga que ver con 'Caída'. A ella le gusta la idea y me orienta: "Tiene que haber algo de descenso, y hay más de infierno que de cielo, pero tiene que ser en un infierno paradisíaco; un lugar en el que a base de vivir, reír y disfrutar, te vas muriendo poco a poco". Decidimos dar un paseo por el Real

de la Feria de Sevilla, lugar de la gran fiesta laica sevillana, porque allí -como en toda fiesta que se precie- se cumple lo de vivir, beber e ir muriendo poco a poco. Además, el Real tiene su propia Calle del Infierno (así se llama el lugar donde se sitúan las atracciones).

Es febrero, y esta ciudad efímera está empezando a brotar (estructuras de hierro, muchos tableros, algún telón y trasiego de coches) para llegar a la plenitud en abril. Aún no hay portada sino su esqueleto, en las casetas no hay vino ni sevillanas ni gente ni tan siquiera casetas en las calles –que llevan nombres de toreros- no hay caballos ni flamencas sino coches que descargan. Así que, en nuestro paseo, nos emborracharemos de palabras; bailaremos recuerdos, ideas y deseos; viviremos el atardecer sevillano; y ya veremos qué nos espera en la Calle del Infierno, porque hemos decidido terminar allí.

La llamada del cuerpo

Llego poco antes que Rocío al lugar de nuestra cita y, como el jubilado que espero ser algún día, miro atentamente tras las vallas el movimiento de la grúa. Al poco, llega con atuendo de inspiración oriental. Intercambiamos unas bromas, nos ponemos un poco al día de cómo estamos y empezamos a andar.

Como estamos en el principio del paseo, aprovecho para preguntarle por cómo empezó 'Caída del cielo'. Me dice que no lo sabe, que su cuerpo siempre va por delante de todo, incluso de su deseo. También dice: "Yo le doy vía libre y él reacciona por sí mismo". Con Caída fue el suelo, su cuerpo iba al suelo. "Luego llegan las preguntas: ¿Por qué, Molina? ¿Por qué el suelo?". Se queda callada un rato.

Un vigilante nos avisa de que a las 19 h cierran unas vallas y tenemos que estar fuera. El límite de tiempo parece darle alas: "Creo que el baile como yo lo hacía se me estaba quedando pequeño. Me faltaba una dimensión. Me faltaba el suelo como apoyo, pero también como lugar para un remate más salvaje, más con todo". El remate, ese elemento de la gramática flamenca que cierra un fragmento. Ahí se invita al ole. El remate es la llave y el yugo del flamenco: descarga de adrenalina colectiva, recompensa y protagonista (a veces, excesivo) porque roba otros modos de estar y ser menos obvios. El remate es política o, como decía Godard del travelling, es una cuestión moral.

A Rocío, que empieza por el cuerpo, lo que es ya una opción política, se le quedaba corto el remate y tuvo que buscar el suelo: "Tú baila y, cuando quieras rematar, te tiras al suelo". De hecho, su cuerpo lo hizo por primera vez mientras bailaba al cante de **Fernando de la Morena** en Jerez. Y como todo lo del cuerpo, le salió del alma: "Yo estaba haciendo la torera mientras él me cantaba entregadísimo una trilla. Yo empecé a hacer cosas por el suelo, como si me hubiera cogido el toro. Él, en vez de extrañarse, se emocionó más y su cante fue a más y más. Hasta que la única manera de devolverle la emoción fue saltar e hincarme de rodillas delante de él, como el torero delante del toro. Me salió así. Esa fue mi manera de rematarle. Y esa fue mi primera caída flamenca".

Dejamos atrás la calle Pepe Hillo y tomamos **Joselito el Gallo**. Pienso en la definición de la palabra rematar: *Acabar completamente una cosa. Poner fin a la vida de un animal o una persona que está a punto de morir*. Pienso en la bailadora Rocío Molina rematando al cantaor

Fernando de la Morena. Pienso en que a Joselito el Gallo lo mató un toro que se llamaba "Bailador".

El suelo como nacimiento

Rocío y yo andamos un ratillo en silencio. Miramos al suelo, al que la luz del atardecer tiñe de un rojizo extraño y en el que se recortan nuestras sombras. "Seguí con el suelo. Sola. No quería usar una técnica externa, quería aprender mi relación con él desde mi cuerpo. Y, como siempre hago, me perdí ahí, en ese impulso". Sé de sus horas en el estudio. Dice que "ensaya tres, seis o diez horas". Así. Como quien dice media hora o tres cuartos. La imagino en el estudio, persiguiendo esa fidelidad a entender el sitio al que su cuerpo la llevaba y por qué. "Hasta que logré entenderlo. O no. Pero me di cuenta de que era muy agresivo. Así que quise entenderlo de otra manera, hacerme amiga de él". Entonces, llamó a **Elena Córdoba**, coreógrafa y bailarina que ha centrado su trabajo en los últimos años en el interior del cuerpo. Elena habla de buscar mientras se baila "el sentido del esfuerzo, el movimiento de los intestinos, la humedad de alguna mucosa, la idea de fuerza, o mejor, la idea de nuestras fuerzas".

Ahí comienza una segunda etapa en la gestación de 'Caída del cielo'. **Rocío habla del suelo como nacimiento.** Y me llama la atención ese contraste: nacimiento/remate. Sospecho que el proceso integra esa nueva forma de acercarse al suelo sin renunciar al primer impulso de lo salvaje que habitaba en ella. El proceso continúa hasta su **estreno en noviembre de 2016 en el Teatro Nacional de Chaillot (París)**. Desde entonces, la obra ha pasado por algunos de los más prestigiosos escenarios de la danza en Europa, se llevó tres Premios Max en su última edición y sigue cayendo en los escenarios como un viaje "desde lo luminoso a la oscuridad (que) indaga en estereotipos y roles asociados al flamenco y a la mujer" y en la que Rocío "*vehemente y detonadora, a veces dramática, otras divertida, viene encontrando su fuerza en la frescura de la búsqueda que desarrolla y en la contundencia que su cuerpo y baile le proporcionan*" (Mercedes L. Caballero).

Los procesos

Estamos paradas en la esquina de la calle Joselito el Gallo con **Bombita** (torero sevillano muerto en 1936), más o menos a mitad de nuestro paseo. Antes de hablar del resultado, me gustaría asomarme a la evolución que se fue construyendo paso a paso lo que termina siendo el espectáculo. Hablamos del acompañamiento en los procesos de creación: "A mí no me gusta tener a alguien fuera que me diga que lo hago muy bien ni tampoco que me diga lo que tengo que hacer. Porque yo sé lo que quiero, o no lo sé, pero me gusta descubrirlo, saborear la pérdida". Por eso, se rodea de gente silenciosa. Las palabras son muy fáciles y la despistan, el silencio es más exigente. Ahondando en ese manera de trabajar, encontró hace años en **Carlos Marquerie** su cómplice ideal: "Yo le bailo, le bailo mucho. Y a él le gusta observar. Ninguno está dirigiendo ni no dirigiendo, estamos haciendo juntos. A mí me funciona así: nos juntamos e intentamos entender qué está pasando en lo que estamos haciendo. La escucha es lo más importante". Piensa un momento y añade otras dos palabras: **prudencia y silencio.**

La palabra silencio queda un rato revoloteando y cae al suelo. Vuelven las palabras porque le recuerdo lo que escribió **Ramón Gaya** sobre el momento en que **Pastora Imperio** salía a escena que no era "todavía, baile, sino acaso la creación del lugar en donde el baile va a suceder". Parece que esa idea la seduce. Y, cuando ya ha ocurrido, ¿qué? Confiesa que fijar es uno de sus grandes miedos, porque siente que algo se pierde. Para no perder ese algo que estaba vivo, interioriza el proceso que la llevó hasta allí, recuerda (se me viene la etimología de recordar: volver a pasar por el corazón) y recupera qué fue lo que la hizo sentir así. Si lo consigue, "se reordena todo solo, el cuerpo memoriza sin querer".

Lo vivo, lo muerto, la improvisación

La búsqueda de lo vivo y el destierro de lo muerto son anhelos de toda creadora. Rocío parece encontrarlos cada vez más en la improvisación: "hay una parte de Caída que es entera improvisada. Cuando viene un cante, una letra que me gusta me ilumino. Y eso es lo que quiero, esa sorpresa, ese no saber. Que los músicos me sorprendan, sorprenderlos yo". También la quietud. El principio de la obra es el silencio y Rocío solos, blanco sobre blanco. Se lo propuso el hombre silencioso que la mira bailar, Marquerie. "No es danza, quizá no es ni movimiento. Estoy descubriendo, descubriendo el suelo, el aire". Después, aparece esa parte salvaje, ese remate al suelo y en el suelo con caídas muy agresivas. Y de ese contraste entre ambos surge una tercera, que es la que ella elige. La define como algo "asquerosamente bello" porque es una belleza viva y vivida, "en la que se muestra lo femenino que siempre ha sido visto como monstruoso". Le vienen las palabras aborto y menstruación. Pero no termina así la cosa, porque "de ese descenso viene una energía nueva, una fuerza que te rebosa. Y así terminamos. No en el aborto sino en una gran fiesta, como tiene que ser". Claro que sí. Si no, ¿para qué?

El vértigo

Estamos llegando a la **Calle del Infierno**. Pero, antes, la miramos desde la calle **Costillares**. Está vacía como sólo puede estarlo lo que sabemos que en unos meses estará abarrotado. Rocío está hablando de otra cosa y se para:

- Hace tres días que no sé qué edad tengo. Me levanté y dije, ¿tengo treinta y tres o treinta y cuatro? Me entró la dislexia y no podía calcular.
- Eres del 84.
- Sí, de septiembre. Entonces, ¿cuántos debo tener?
- Todavía treinta y tres.
- Soy muy buena recordando sensaciones, de eso me acuerdo perfectamente. Los datos no. Y eso es lo que quiero: ser cada vez más ignorante, seguir siéndolo y trabajar de esa manera. Primero siempre es el cuerpo. Luego, lo demás.

Me consta que ese no saber le da vértigo, pero insiste. Hace unas semanas, trabajando en su nuevo proyecto, 'Impulso', tuvo una crisis muy grande y mucho miedo. No sabía lo que estaban haciendo. "No era baile, no era actuación. Era como una materia compuesta de unos elementos que no reconocía". 'Impulso' es un proyecto de danza y de vida en el que lleva inmersa al menos dos años, y al que se ha sumado la cantante **Silvia Pérez Cruz**. Pero el vértigo ya no la paraliza porque ha aprendido a confiar en el arte y en la vida: **"No puedo tener miedo de mi evolución porque no estoy inventando, estoy existiendo"**.

Hemos llegado a la Calle del Infierno, hemos llegado al final. Sé que hay que rematar el paseo, pero me planteo la posibilidad de tirarme al suelo y, con suerte, no rematar sino revivir. Mientras, el sol sigue su carrera y Rocío mira atentamente una torre de electricidad: "Yo creo que siempre he buscado los límites. Me gustan los extremos físicos. Para mí hay algo destructivo y creo que con 'Caída del cielo' llegué a un lugar extremo. Un día me vi con rodilleras y coderas y me dije ¿qué es lo siguiente?, ¿me tiro de un quinto para ver qué se siente?".

Se ríe. Me río. Lo que dice es algo que le he escuchado a mucha gente de la danza: ese llevar al límite el cuerpo, obligarlo un poco más para que haga lo que no se puede hacer, tiene algo de crueldad y de autocastigo. Igual ése también es el infierno. Recuerdo lo que escribió **Truman Capote**: "Cuando Dios te da un don, también te da un látigo". Yo creo que Rocío no cree en Dios. Yo últimamente creo que sí creo. Sea como sea, estamos en la Calle del Infierno y en el interior de cada persona hay una calle con ese nombre y lidiar con ella es parte de la vida. La Molina ha lidiado con un límite, y el límite es una forma de cielo e infierno juntos. Su cuerpo la llevó allí. Y allí aprendió algo muy valioso: **"Caída me ha enseñado a rendirme, a parar la máquina, bajar los brazos. Y creo que ése es el reto más grande al que me he enfrentado hasta hoy"**

Y así, naturalmente, ha aparecido la quietud. "Antes me levantaba y me metía en el estudio y me pasaba casi una hora zapateando. Cuando ya estaba cansada, empezaba el ensayo". Ya sabéis: tres horas, seis o diez. "Ahora he aprendido a empezar respirando, soltando la lengua, relajando los músculos de mi vagina, viendo cómo está mi cuerpo; y si estoy con gente, escuchando los cuerpos de los demás". Aunque no hemos pasado por la calle Juan Belmonte, él parece sonreírnos desde donde esté recordando lo que dejó dicho: "en la lidia —de hombres o de bestias— lo primero es parar". Y ése es el nuevo reto, la nueva pregunta que le ha propuesto su cuerpo y que desentraña como sabe, trabajando. Y trabajar es escribir, escuchar cante, mandar cartas, improvisar, montar un nuevo espectáculo o tomar decisiones en su vida para que le enseñen algo. "Y luego, lo bailo. Lo que sea, lo bailo. El dolor, la pena, la alegría, las tengo que bailar".

En el principio era el cuerpo. Y el cuerpo la espera también al final. En medio hay otras cosas (palabras, cielos e infiernos) pero sin el cuerpo, nada es cierto. Nada. Ni siquiera la eternidad.

ldiario.es

!A Rocío Molina: en el principio era el cuerpo

Caída del Cielo

Co-dirección artística, coreografía, dirección musical: **Rocío Molina**

Co-dirección artística, dramaturgia, espacio e iluminación: **Carlos Marquerie**

Elenco: **Rocío Molina** (baile), **Eduardo Trassierra** (guitarras), **José Ángel Carmona** (cante y bajo eléctrico), **José Manuel Ramos "Oruco"** (compás, percusiones), **Pablo Martín Jones** (batería, percusiones, música electrónica)

Producción de **Danza Molina S.L. / Chaillot – Théâtre National De La Danse (PARIS). En Colaboración Con El Inaem.**



Caída del Cielo: crónica de un amor anunciado

Hace unos meses descubrí, a través de un vídeo en una red social, el tráiler de *Caída del Cielo*. Hasta entonces, no había oído nada sobre Rocío Molina. Me quedé impresionada con lo que vi, e investigué un poco sobre ella. Fue entonces cuando se dio el flechazo. Una bailaora de flamenco, andaluza, que recogía toda la esencia y el rito de este arte nuestro, y pasándolo por sus propios filtros personales, se expresa con un lenguaje corporal propio, absolutamente puro y contemporáneo, que aúna al mismo tiempo tradición y vanguardia.

Cuál fue mi sorpresa cuando, tiempo después, a principios de este curso, viendo la programación del Teatro Central, vi que Rocío Molina venía a Sevilla con este espectáculo. Automáticamente apunté la fecha en el calendario, no podía perdermelo por nada del mundo. Tenía que ver *Caída del Cielo*, este año, en el que estoy inmersa en la búsqueda de las raíces de mi identidad, de mi tierra y su lenguaje, el flamenco, gracias a la obra y recorrido de Salvador Távora, otro de los grandes creadores revolucionarios que ha dado Andalucía.

Minutos antes de comenzar el espectáculo, me agarré fuerte a los asideros de la silla. Estaba emocionada, nerviosa. El patio de butacas estaba lleno, el público expectante. Sobre el escenario, pocos elementos. Una pantalla de proyección, un tapiz que sería el espacio escénico, algunos taburetes y una caja, e instrumentos musicales. Todo blanco inmaculado, blanco impoluto.

Entonces apareció el elenco. Rocío, ataviada con bata de cola blanca, la cola recogida; y un batín con capucha que cubría su rostro, se sentó a la batería. La música comenzó, y la *danzaora*, baquetas en mano, calentaba motores marcando el ritmo de la potente música que abría el espectáculo. Empezábamos bien. Aquello era una declaración de fuerza, de principios. Bien: aquello solo fue un pequeño aperitivo de lo que estaba por llegar.

La obra se presenta como *un viaje, un tránsito, un descenso. Desde un cuerpo en equilibrio a un cuerpo que celebra ser mujer, inmerso en el sentido trágico de la fiesta.* No se

puede definir mejor. Los espectadores iniciamos una travesía guiada por la artista y sus compañeros, llena de contrastes, que comprendía momentos donde el ritmo era frenético, visceral, rebosante de energía, colmado de algo primitivo que conecta con las raíces más profundas de la tierra, donde el virtuosismo que alcanza con sus pies te deslumbra, al silencio absoluto, la sutilidad radical del movimiento, el contacto puro con el suelo, el lado más delicado de la feminidad. Y siempre, acompañando a la artista en su descenso, la Luna. Una Luna grande y redonda proyectada, protectora y luz guía de la mujer. Detalles como el hermoso y variado vestuario diseñado por Cecilia Molano, van configurando y aportando a un espectáculo redondo y brutal que te embriaga y te conduce instante a instante por diferentes estados, sensaciones e imágenes. Uno de los momentos más hermosos es cuando la artista se viste con una larga falda impregnada de sangre, danzando y revolcándose por el suelo, imagen que evoca la menstruación: el poder creador de la mujer. *Esa rondeña me resulta asquerosamente bella. A la mujer siempre se no has visto como monstruos, imperfectas, sucias, pero si estamos sucias es porque estamos vivas*, dijo la artista en una entrevista concedida al diario cultural valenciano Culturplaza. En la misma entrevista afirma

no bailo así porque me lo planteé, sino porque, con 32 años, tengo mucha energía y fuerza. Estoy viviendo el cambio a la madurez, empiezo a sentir la maternidad, y los ovarios son mi partida de energía. [...]El arte grotesco aborda temas que a Carlos y a mí siempre nos han gustado: la oscuridad, la represión, la sensualidad, la ironía, la mujer... Todos están presentes en mis trabajos, cada vez con más fuerza.

La gran afinidad del elenco –extensible no solo al elenco artístico, sino también al técnico-, siempre latente gracias a una escucha y comunicación absoluta, se hacía patente con pequeños guiños y bromas a lo largo del espectáculo, así como con preciosos y pequeños gestos –ayudarla a vestirse, lavarle los pies- que reflejan muy bien las palabras de Carlos Marquerie, encargado de la dramaturgia, el espacio y la potente iluminación del espectáculo: *no siempre se consigue que un grupo de personas formen un equipo. Aquí, en este proceso, ha sucedido y cuando esto ocurre nace una fuerza particular que permite ahondar en el trabajo y aparece el anhelo de rozar los límites.* Carlos Marquerie (Madrid, 1954), una de las figuras más relevantes de la vanguardia española de las últimas décadas y calificado por el diario El País como “maestro vivo de la luz escénica del teatro español”, ya había acompañado a Rocío Molina en la puesta en escena, dramaturgia, espacio escénico e iluminación de *Cuando las piedras vuelen* (2009) y *Afectos* (2012). Iluminador y artista plástico, ha realizado trabajos para Elena Córdoba, Rodrigo García, Antonio Fernández Lera y Angélica Liddell, entre otros. Sus trabajos de iluminación han podido verse en teatros y festivales como Deutsche Oper Berlin, Théâtre del Odéon de París, el Festival d’Avignon y el Schaubühne am Lehniner Platz. También es profesor y tutor del Máster de práctica

escénica y cultura visual dependiente de la Universidad de Castilla-La Mancha y del Museo Reina Sofía.

Rocío Molina nace en Málaga en 1984. Después de graduarse en el Real Conservatorio de Danza de Madrid con matrícula de honor, entra a formar parte del elenco de compañías profesionales con gira internacional. Cumple veintidós estrenando *Entre paredes*, primera pieza a la que siguen *El eterno retorno* (2006), *Turquesa como el limón* (2006), *Almario* (2007), *Por el decir de la gente* (2007), *Oro viejo* (2008), *Cuando las piedras vuelen* (2009), *Vinática* (2010), *Danzaora y vinática* (2011), *Afectos* (2012), *Bosque Ardora* (2014) y *Caída del cielo* (2016). Desde 2014 es artista asociada al Théâtre National de Chaillot en París. Sus obras han girado por teatros y festivales de todo el mundo. Ha colaborado con grandes figuras del flamenco nacional como María Pagés, Chano Lobato, Pastora Galván e Israel Galván, entre muchos. Su labor artística ha sido reconocida con premios nacionales e internacionales: Premio Nacional de Danza, Premio Mejor Bailaora de la Bienal de Sevilla, Medalla de Oro de Málaga, Premio Max 2015 de la mejor coreografía por *Bosque Ardora*, Premio especial de los Dance National British Awards en 2016, además del reconocimiento universal del público y la crítica. Son importantísimos para su creación los *Impulsos*: improvisaciones en diferentes espacios que la artista lleva a cabo como parte de su investigación personal, y que le sirven como laboratorio para la creación de sus espectáculos:

La improvisación me hace recordar porque me dedico a esto. Me da muchísimo equilibrio. El teatro es maravilloso, pero hay tanta producción, tanta oficina, ensayo, equipo y coordinación, que necesito conectar con mi sentimiento de libertad. Para improvisar, me vale con coger los zapatos en una bolsa y pararme a bailar donde me dé la gana. [...]Ha habido veces que en mitad de una gira me he ido a una discoteca o a un parque. Pero, ahora, después de una obra así, se me queda un vacío muy grande. Necesito un tiempo para llenarme. Ahora estoy cogiendo aire.

El espectador no puede apartar los ojos de ella en los noventa minutos que dura el espectáculo. Es como un imán cargado de energía, de fuerza y de mensaje, que te hipnotiza y te va meciendo; ella sola constituye la nave donde el público se adentra para acompañarla en su viaje y celebración. Al final, descalza, llena de sangre, tierra y sudor, renacida después de todo lo vivido en ese espacio del que poco quedaba ya “limpio”, se lanzó al público, subiendo el patio de butacas y regalando flores, con una sonrisa llena de luz, de despedida alegre y agradecimiento. Después de aquello se puede decir que el flechazo se ha convertido en enamoramiento, y que Rocío Molina se ha convertido para mí en un ejemplo de mujer andaluza creadora, de mujer guerrera, valiente y poderosa, y su lenguaje, en una revelación, donde conviven de forma única lo ancestral y lo moderno.

Crítica realizada por Lorena Ávila

Curso: 4º C Asignatura de Dirección Escénica

Prof.: Miguel Cegarra

ESAD de Sevilla

Bibliografía utilizada:

Página web de Rocío Molina: <http://www.rociomolina.net/>

Dossier de prensa del espectáculo *Caída del Cielo*, proporcionado por Neri Miranda y M. Carolina Clavero Muñoz (Teatro Central).

Entrevista titulada *La danza desde los ovarios de Rocío Molina*, realizada por Begoña Donat, publicada en el diario *Culturplaza* el 1 de marzo de 2017.

Puede verse en: <http://valenciaplaza.com/la-danza-desde-los-ovarios-de-rocio-molina>

Fotografía obtenida en: <https://www.facebook.com/RocioMolinaOficial/>